



CARTA PASTORAL

QUE EL EXCMO. É ILLMO.

SR. DR. D. PEDRO CIRILO DE URIZ Y LABAYRU,

OBISPO DE PAMPLONA

DIRIGE Á SUS DIOCESANOS

CONTRA LA PRETENDIDA LIBERTAD DE CULTOS.



PAMPLONA:

Imprenta de Erasun y Labastida.

1868.





NOS EL DR. D. PEDRO CIRILO URIZ

Y LABAYRU, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE PAMPLONA, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD. ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, NOBLE ROMANO, ETC.

A nuestro venerable Dean y Cabildo, al Clero y fieles de nuestro Obispado, salud en nuestro Señor Jesucristo, fuera del cual no hay salud.

En nuestro *Aviso Pastoral* de 28 de Octubre de 1865, cuyas observaciones quisiéramos tuviérais hoy presentes, os dirigamos en la sinceridad de nuestro corazón las siguientes frases: «Al sentir no muy lejanos los primeros bramidos del huracán, y ante la oscuridad que vá encapotando nuestros horizontes, precursores todos de la horrible tempestad que tanto empeño hay de desencadenar sobre nuestra querida pátria, nos humillamos en la presencia divina, y colocados entre Dios y su pueblo, si dado nos fuera constituirnos víctima de expiación por los pecados de todos, y para obtener el beneficio de que ni uno solo de nuestros amados diocesanos se condenase ¿qué mas quisiéramos? ¿qué mejor corona pudiéramos ceñir á nuestras fatigadas sienes, ni qué mejor recompensa recibir por los trabajos de nuestro laborioso apostolado?»

La tempestad estalló al fin. En sus furores ha arro-

lado cuanto ha encontrado al paso: trono, leyes, instituciones, todo ha caído derrumbado entre sus ráfagas, todo menos una cosa: la Iglesia de Jesucristo. Este ha sido un dato más, en la serie de los tiempos, de la inquebrantable firmeza del edificio, que asentado en la sólida roca que el Divino Fundador le señalara por cimiento, la Santa Sede de Roma, vé pasar por bajo su pié como aguas de un río que van á sepultarse en el mar, el curso providencial de los acontecimientos humanos, todos pequeños, todos efímeros, que nacen y mueren como la flor del heno, que imponen al mundo asombrado con su brillo y su grandeza, para hundirse de un leve soplo en el abismo de la extincion y el olvido.

No perece, nó, la Santa Iglesia Católica: que no pueden faltarle las divinas promesas. La Iglesia que despues del martirio de los Apóstoles y de todos los primeros discípulos, ha vivido tres siglos en las catacumbas, y salió llena de vida y fortaleza de entre las persecuciones de diez emperadores romanos: que ha sobrevivido á la irrupcion del Norte y á la irrupcion sarracena, que ha llevado la confusion y la derrota al campo de la rebelion llamada *Reforma*, ó sea el *Protestantismo*, el cual tomando origen de la incontinencia de un fraile apóstata, y de la de algunos reyes, tendió con el apoyo y la tirania de estos un vuelo tan alto que parecia augurarle el dominio universal; esa Iglesia cuya vida es la persecucion, cuyas victorias se numeran por sus batallas y estas continuas, cuya gloria resplandece en los cielos y en la tierra cada vez con más puros y luminosos fulgores, no habia de aterrarse ni aun alarmarse por un trastorno político más, sean cuales fueren sus consecuencias, ni por ningún intermedio ya tardío y grandemente ridículo de inyeccion protestante.

Es más: ese temor que cesa mirando á la institucion

divina de la Iglesia Católica, ni aun para España como determinada localidad, y para cuya conservacion en el maternal seno de aquella, no está ni con mucho empeñada la divina palabra, ese temor, decimos resueltamente, no le abrigamos. La España de María, la España que en su tierra de Aragon recibió sus sacratísimas plantas, la España de su Inmaculada Concepcion, la España del Apóstol Santiago, la España de los grandes fundadores Santo Domingo de Guzman, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, de los grandes escritores Suarez, Granada y Balme, de los artistas católicos Herrera, Murillo y Juan de Juanes, esta España, tenemos de ello firmísima esperanza, no se descatóliza. En Francia, en Austria, en Italia, han llegado las revoluciones á donde con el favor de Dios no llegará la revolucion española: en ellas podrán ser los gobiernos protestantes, francmasones, hasta solidarios, pero las naciones permanecen católicas. Los mismos desaciertos y desvarios de sus gobernantes han contribuido, porque Dios así lo dispone, á estrechar las gentes en la fé de la Iglesia Católica.

Los hombres que hoy gobiernan provisionalmente esta católica nacion, menos atendidos á la constitucion ingénita de la misma, han llevado su entusiasmo por la libertad hasta proclamar la libertad de cultos. Ignoramos el fin que en ello se han propuesto, y por lo mismo que no las comprendemos respetamos el sagrado de sus intenciones. Somos meros súbditos. Por eso todo cuanto es nuestro deber decir para consuelo é instruccion vuestra, amados diocesanos, en nada se refiere á las personas, que sino es al través del prisma de la caridad, desaparecen por completo á nuestra vista, para no ver sino las cosas.

Estas no hay que disimularlo, son gravísimas. Bien

las veis. Ningun desman, ningun atropello que de mentar sea, gracias á Dios, gracias á la Santísima Virgen y á los Santos Patronos de este antiguo y noble reino, y gracias tambien en lo humano á las autoridades de Pamplona, ha ocurrido en esta nuestra diócesis contra las personas y cosas de la religion; pero levantad vuestra vista hácia las demás provincias de España... ¿Veis esa nube de polvo? la levantan en su precipitada fuga á mendigar el negro pan de la emigracion en país extranjero un gran número de sacerdotes hijos de esta hidalga tierra, que no tenian otro pecado que el ser sacerdotes católicos y cuidar de la educacion de la juventud, y esto mientras se abrian á los herejes y á sus errores las puertas de España siempre para ellos cerradas, y se decretaba la libertad de asociacion y la de enseñanza, y se pregonaba por los órganos mas adelantados de la prensa que la Universidad no es católica. Y ¿esa misma nube de polvo, no la veis aun mas densa y recargada, y no oís al mismo tiempo unos golpes sordos que resuenan en lo mas hondo del corazon? Son los golpes de la piqueta y el martillo, son los estruendos que al caer hechas pedazos producen las bóvedas y los pilares de los templos católicos de Sevilla, Madrid y Málaga, de Lérida, Barcelona y Valencia; mientras se está dando carta de naturaleza á los herejes ingleses y se les autoriza para la ereccion de sus indignas capillas. Y ¿esos gritos, esos gemidos, esos ayes desoladores que llenan el aire, y forman por cierto bien señalado contraste con los himnos y carcajadas de la revolucion triunfante? Ah! ¿no querais saber quién llora, quién gime y se deshace de dolor hoy en España; son las pobres inocentes virgenes del Señor, arrojadas inhumanamente á la calle en medio de la lluvia y del frio, privadas de su miserable techo, ó almacenadas como vil mercancía unas con

otras las de diversas familias religiosas, sin consideracion á su profesion, á su edad, ni siquiera á que son mujeres! Con sus lamentos oiréis otros quejidos no menos agudos pero mas apagados, porque son los del hambre y de la necesidad; son los de los pobres que socorridos ántes á domicilio por asociaciones piadosas, incapaces de hacer revoluciones, ahora por obra y gracia de la revolucion se han quedado solos con su miseria y sus multiplicados dolores. No queremos añadir mayor relacion á los males de todos conocidos: bástanos en esta parte alzar los ojos al cielo y decir: Señor, tened misericordia de nosotros. Más merecen nuestros pecados.

Pero hay otro mal mayor, y es la pérdida de las almas. No creemos sean muchas las que se pierdan con la destruccion de la unidad religiosa; mas aun reducido el número á pocas de ellas, á una sola, nuestro dolor no tiene lenitivo. Hay muchos débiles, muchos perezosos, muchos ignorantes, otros presumidos, ó por capricho, ó por moda, llevados de la veleidad del cambio, ó por echarla de ilustrados marchando rio arriba contra la corriente general, y ¿quién duda que atendida la flaca condicion humana habrá caidas, y caidas que no se reparan; porque en cambiándose las esferas, en pasando del tiempo á la eternidad, se acabó la accion del arrepentimiento, concluyó todo plan de correccion de vida; mas allá de este mundo, no hay ilusiones, solo hay la realidad en toda su imponente grandeza, allí el juicio de Dios inapelable, decretorio, eterno? Por eso gemiamos en 1865, por eso gemimos ahora. Que no se profane este suelo, donde nunca anidó la herejía ni el error; que nuestra diócesis de Navarra sea hasta el último dia de los tiempos, la diócesis católica, la diócesis honrada, el pueblo de eleccion. Afuera los herejes con sus mujeres y sus biblias; afuera todo incrédulo, afuera todo mal cristiano.

Mas no: no agravemos los males: tenemos á los hombres por mucho mejores que las cosas: esas cosas que llevan entre manos, esos que llaman principios y no son otra cosa que errores, son de índole tan depravada y perversa, que ellos solos y cualquiera de ellos acabarian en breve tiempo con la nacion mejor organizada, si por querer de Dios, no fuesen los hombres incomparablemente mejores. Por eso debemos alumbrar á nuestros hermanos que yerran, y yerran porque no ven, para que se dirijan por el buen camino; y así como hay ilusos que en la prensa y fuera de ella, claman por la disolucion de todas las bases sociales, óiganse las voces de orden, afirmense todos en la buena doctrina, y sálvese esta nacion desventurada.

Una base hay que reforzar á toda prisa, y es la de la unidad religiosa. Esa es la base fundamental de toda sociedad. Que esa gran república de los Estados Unidos, tantas veces inconsideradamente citada (ya no la citan tanto) por modelo, os sirva de norma y de leccion. Ved lo que ha hecho librada á los principios puramente humanos: crecer, y despues que lo ha llenado todo, y no ha tenido ya que devorar, se ha devorado á sí misma: una guerra civil ha tragado á millares sus mejores hijos; y ya están anunciando los periódicos como próxima, otra igual ó parecida catástrofe. Antes de estas desgracias, nadie hubiera creído en su vaticinio: ahora sí, porque del acto á la potencia vale la consecuencia; y porque mirado de cerca el gran gigante, se le ha encontrado sin alma. Es un estado sin religion, y un estado sin religion no puede subsistir. Quizá esté ese estado destinado á vivir muchos años, pero se deberá este fenómeno á la virtud de la religion. El catolicismo hace en los Estados Unidos rápidos progresos: ayer era un grano de mostaza; hoy es un árbol de los mas frondosos: la quinta

parte de aquellos habitantes son ya católicos. En breve, despues de celebrado el próximo Concilio Ecuménico, ¿quién puede calcular la futura extension de la religion verdadera, en aquella república minada por el indiferentismo y la malicia de las sectas, quién puede calcular los maravillosos destinos de la Iglesia Católica en aquel renombrado país?

¡Ah! si los que gobiernan el mundo conocieran sus propios intereses, no titubearian mucho en optar por el verdadero camino de salvacion. A la vista del ascendente influjo del catolicismo en todos los países civilizados, al ver que si los protestantes en los demás países se hacen católicos, ningun católico de juicio se hace protestante, al herir en una palabra sus entendimientos la verdad, la grandeza, la divinidad de la Religion Católica; no se concibe cómo en el orden lógico y regular de las cosas haya un solo gobierno que no entre de lleno en relaciones leales y francas de confianza y cooperacion con una potestad á quien obedecen con amor y respeto, donde no la totalidad, una gran parte al menos de los pueblos en que esos gobiernos civilmente imperan. «La »Iglesia, dice el Sr. Manning, Primado católico de Inglaterra, impera sobre la cuarta parte, si ya no sobre »la tercera, de la poblacion de la Gran Bretaña y sus »colonias; en una cuarta parte de los Estados Unidos; »en la mitad de la monarquía prusiana, y casi por entero »en la poblacion de los otros estados; y la influencia de »la religion es la que obra mas profundamente en la »lealtad y fidelidad de las naciones.» Con razon, añade el sábio Arzobispo, que «es negocio de suma importancia para las autoridades civiles 'del mundo, el 'ajustar »sus relaciones con la Iglesia Católica, pues en tanto »que las leyes del Estado suenan discordes con los derechos divinos y la libertad de la Iglesia, apenas si hay

que fiar en la mínima seguridad de fidelidad y paz interior. La Polonia y la Italia suministran de ello una «incontrastable prueba.»

Cuando oímos, amados hermanos, esas voces perdidas por supuesto en el vacío, que proclaman *libertad religiosa, libertad de cultos, la Iglesia libre en el Estado libre*, y otras de este jaez, se nos figura ó que los hombres se han vuelto niños, ó que han perdido el uso de la razón. Tal es la falta de sentido, la carencia de verdad práctica, que se nota á la sola luz natural. En el campo de la ciencia, ya nadie sostiene esos desatinos que encierran tantas contradicciones como palabras; pero entre el vulgo de las inteligencias comunes ¿á quién persuadirán que es realizable la libertad religiosa?

¿Qué es religión? *Es una virtud por la cual los hombres mirando á Dios como á principio de todas las cosas, le tributan el culto que le es debido.* Y ¿quién se atreverá á sostener que es uno libre de ejecutar ú omitir lo que tiene un deber de practicar? ¿ó que es uno libre de hacerlo de un modo lo mismo que de otro? ¿Puede darse mayor contradicción que la que encierran estas dos palabras *libertad religiosa*? Háblennos claro: digan de una vez *libertad irreligiosa*, y nos entenderemos. Esto se concibe muy bien, y resulta sinónimo de *licencia*, de *inmoralidad*.

¡*Libertad de cultos!* ¿Quién la ha visto realizada en parte alguna? Un ejemplo por todos, porque es granado. Volvamos á los Estados Unidos, el país *libre por excelencia* entre todos los países de la tierra. El catolicismo ha sufrido allí hace pocos años crudas persecuciones por parte de la intolerancia protestante. Ahora mismo, humeando está todavía la sangre de esos infelices sectarios llamados mormones, fusilados por docenas. Ahí lo teneis en España: al grito de *libertad y de tolerancia*, son perseguidas, despojadas y oprimidas de malos tra-

tamientos las familias religiosas de uno ú otro sexo, y extinguida en pleno catolicismo la vida regular. Quien dice libertad de cultos, dice libertad de los sectarios que no tienen ningun culto, ó solo conservan la sombra de aquel que se ha conformado con sus caprichos y sus pasiones; y dice mas (que es el necesario consiguiente) humillacion ó aniquilamiento, sino próximo, quizá no muy remoto del culto católico.

¿Y qué diremos de la famosa máxima de relumbron como todas: *la Iglesia libre en el Estado libre*, que no sin cierto gracejo ridiculizó no há mucho tiempo uno de vuestros diputados á Córtes con aquellas palabras: *la Iglesia libre en el Estado galgo*? Ese es uno de los mayores desatinos que han salido de boca de los hombres. Vayan con eso al Czar de Rusia entre los cismáticos, ó á la Papisa de Inglaterra, de la libre Inglaterra, entre los protestantes: á ver qué libertad dán ellos á lo que llaman su Iglesia. ¿Qué libertad es la de la Iglesia en manos del moderno cesarismo? Preguntádselo al primer Napoleon, cuando se rodeaba en Paris del Sacro Colegio de los Cardenales, y hasta para las mas menudas entrevistas queria se le presentasen con el traje completo que solo usan para parecer en presencia de Su Santidad. Preguntádselo á Napoleon III, si ha suprimido el *placet* para las bulas de Roma, si dejó á los Obispos publicar pastorales sobre el contenido del *Syllabus* y la Encíclica *Quanta cura*. Requerid por fin al rey Victor Manuel porqué razon al tomar posesion el Cardenal Reisach de su nueva diócesis cuya capital está en los actuales estados del Papa, pero con algunos pueblos en la parte arrebatada á Su Santidad, se expidió orden de apresarle al tiempo que circulaba para darse á reconocer por esos pueblos, y tuvo que huir á toda prisa, por no haber contado con el soberano en

un país en que no obstante titularse aquel católico, vive la Iglesia católica en la condicion de perseguida.

Sobre este delicado punto, no hay discordia entre los hombres de talento ni entre los verdaderos políticos. Pero mas ó menos á todos les oiréis usar este lenguaje que tomamos á la letra de uno de los mas eminentes políticos alemanes: «Hace un siglo que la necesidad triunfante y el pedantismo en evidencia han acumulado trivialidades y embustes para trazar una línea de demarcacion entre la religion y la política. Parécenos oír proclamar á algun paralítico que la salud y la vida son dos cosas diferentes é independientes una de otra. La política y la religion son en tal manera idénticas, que en casi todos los pueblos la forma política no ha sido sino la consecuencia forzosa del principio religioso.»

Para los católicos, no hay ya duda sobre esto; porque la Iglesia ha hablado, ha dicho su última palabra, y la verdad está claramente deslindada del error. La Santa Sede ha condenado expresamente la siguiente proposicion:

«La Iglesia debe estar separada del Estado, y el Estado de la Iglesia.»

Parece un sueño, un delirio de enfermo, que en España haya amanecido el lúgubre dia, dia sin sol, en que tengan los Prelados que clamar al pueblo por que conserve la unidad religiosa; en España, que hasta las exhalaciones revolucionarias de 1812, en cuyo código hubo que consignar que la Religion católica apostólica romana era y seria siempre la de los españoles, de mas parecia esta consignacion en las legislaciones que daban la Religion por supuesta y se vivificaban con su sávia.

¿Qué ha sucedido pues en nuestro pátrio suelo, que así se proclama la libertad de cultos, no como un gran

bien, porque es un gran mal, sino siquiera como una mediana conveniencia política? ¿Se ha levantado por ventura entre nosotros algun otro lujurioso Martin Lutero ordenando como aquel la matanza de los campesinos? ¿ó algun nuevo Calvino con poder bastante para entregar á las llamas á los que como él no crean? ¿Se dispone á mandar en España algun Enrique VIII de Inglaterra, ó algun Christierno ó Gustavo Wasa de Suecia? ¿O está reservado al porvenir de España la suerte de la infeliz Irlanda? Y si nada de esto ocurre ¿para qué se quiere la *libertad irreligiosa*?

El pueblo español, lo que se llama pueblo, es decir, el conjunto de las familias de España, rechaza como ha rechazado siempre, toda mezcla, toda confusion, toda sombra en su Religion sacrosanta, que es la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Admitan enhorabuena la libertad, en lo concerniente al culto divino, los pueblos en que no prevalece la religion verdadera, hasta que consigan este inapreciable beneficio que mira á la eternidad sin desprecio de los intereses temporales: deber es de la criatura racional el buscar la verdad para nutrirse y vivir de ella, porque el humano entendimiento no vive de errores; pero que en España donde desde los albores de la redencion del linaje humano se profesa la verdadera doctrina en materia de religion, donde se dá á Dios lo que se le debe y del modo que se le debe, en España donde por génio y por carácter se aman la unidad y la entereza en todas las cosas; ha de ser posible la confusion y desbarajuste en el órden religioso, de manera que se levante un templo, ó mejor dicho, *casino* protestante, que no son otra cosa esos mal llamados templos, y una sinagoga de tratables judíos, con todas las supersticiones, vicios y tambien desórdenes, y quizás guerras consiguientes á la in-

Introducción de la cizaña en el campo del gran Padre de familias, en la Iglesia Católica, Apostólica, Romana?

Hay males que no necesitan de demostración para que todo el mundo los reconozca por tales males, y en este caso se halla la destrucción de la unidad religiosa.

En todas las series, en todos los órdenes, en todas las instituciones, la disolución de la unidad es un mal por lo que destruye, y un mal por lo que priva de existir. Rota la unidad religiosa, es como si hubiese muerto el alma de la nación. No busqueis ya unidad ni solidez en el gobierno ni en la sociedad: se acabó con ella la integridad en el orden político y en el administrativo: feneció la moral pública y la privada, y si algo de conservador ha de permanecer en pie, ha de ser con la fuerza de las bayonetas.

La unidad es en sí la más admirable de las cosas; porque es la misma forma del ser, aquello por lo que todo vive, todo se conserva, todo se renueva y perfecciona; y el mismo Dios no puede mejor definirse que aplicándole bajo todas relaciones la idea de unidad. Todos los seres al recibir de Dios la existencia, han recibido de Dios el poder de la unidad, y perecen al cesar de poseerla en la medida que necesitan para su mayor ó menor perfección. Por eso la Santa Iglesia fundada con la sangre del Hijo de Dios no perece, porque al infundirle vida inmortal é imperecedera la hizo una, como una es numéricamente y en su ser, y no hay más que una Iglesia de Jesucristo, fuera de la cual no es posible la salvación: una en su fe, una en sus sacramentos, una en su culto, una en la ordenación de medios para alcanzar la justificación, una en fin en su constitución, régimen y gobierno bajo una sola cabeza invisible que es Cristo, y visible que es su Vicario, el Sumo Pontífice de Roma, el Papa, á quien todos estamos obliga-

dos á obedecer. De esta unidad constitutiva de la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que es una de sus notas características, no se la puede privar por más que se esfuerce la miserable razón humana, por más que el orgullo á esta enaltezca, ni acabarán jamás con ella las revoluciones, aunque acaben con sus templos y sus ministros en determinados lugares de la tierra.

No se nos oculta que pueden ofrecernos el antipatriótico resultado de destruir la unidad religiosa de un pueblo, y de uno que era este pueblo en su fe, en su Dios, en su culto, hacer una Babel de miserables lenguas, donde se admitan todos los ídolos de los gentiles, todas las vilezas de las sectas, y resucitando en fin los aciagos días del rey Witiza, tengamos la anarquía en el interior, y en el exterior la ruina de nuestra independencia.

Peró aun entre tanto peligro, confiamos en la sensatez de nuestro pueblo, y abundamos en la confianza de que con la ayuda de Dios, no bastarán todas las fuerzas de judíos y protestantes para hacerle tragar el tósigo de la disolución de su preciosa unidad religiosa. No le ha desmentido su actitud en más de dos meses de la crisis que estamos pasando; no se desmentirá tampoco en lo sucesivo. ¿Quién pide en España la libertad de cultos? Nadie sino unos cuantos periodistas de determinado color político, á quienes con referencia á las cuentas que anualmente publica la Sociedad Bíblica protestante de Lóndres se ha acusado de subvencionados por esa sociedad, para sostener en España la perversidad de sus doctrinas; y con ellos algunos pocos descreídos, sin conciencia y de mal vivir, que por no creer en Dios ni profesar religión alguna, quieren la libertad de todas ellas, en la esperanza de no ser ofendidos por el contraste del catolicismo. Bajo muchos millares de firmas de personas pertenecientes á todas las clases y categorías de la

sociedad, se están diariamente elevando al Gobierno provisional las peticiones mas expresivas en pró de la unidad religiosa; y desde luego podria abrirse sin temor el sufragio de todos los padres de familia de España, y de seguro que de cada cien no pide uno semejante calamidad para su patria.

Ya sabeis, amados diocesanos, que la verdad no es mas que una, y que así como ha de haber un culto verdadero con que se adore y se agrade á Dios, se le tributen gracias y se le pidan beneficios; dos cultos diferentes y menos tres, y menos veinte, no pueden ser todos verdaderos, ni puede agradarse á Dios con ellos.

Los males que son siempre consecuencia de semejantes divisiones, están á la vista de todos. Y lo dice Dios: *Todo reino dividido en si mismo será desotado*. Pues bien, la causa mas grave, mas profunda y mas activa de la division y de la disolucion en la vida de las naciones, es la separacion de los ánimos por motivos de religion. Estais presenciando los desastres que producen las divisiones políticas, que con cuidado pesadas bien poco valen, y prueba es de esto la facilidad con que se levantan y caen los partidos, se dividen y subdividen, se transforman; y los que hoy no cuentan en sus filas cuatro individuos, mañana los numeran por millares. Inferid de ahí lo que aun no conoceis, sino por lo que antiguas historias os cuentan de los disgustos padecidos por vuestros padres mientras no lograron expulsar de una vez á los judíos, y cuántas amarguras tuvieron que devorar en siete siglos de dominacion sarracena; inferid decimos el malestar, el desórden, la perturbacion y las desgracias consiguientes á la introduccion del cisma ó la heregia, la desunion de las familias y la constante pugna de unos individuos con otros. Preguntádselo á los franceses y á los ingleses, y os referirán los continuos

disgustos que tienen que padecer los pueblos donde funcionan ministros de diferentes creencias religiosas. Preguntádselo á sus hombres de Estado, y todos repetirán á una voz la exclamacion de lord Palmerston á uno de los prohombres de la actual situacion: «Esta mano con gusto me cortaria yo porque tuviéramos aquí la unidad religiosa que tiene España.» ¡Oh! si las naciones europeas fueran católicas con exclusion de todo otro culto, sus adelantos en la senda de la verdadera civilizacion serian mucho mayores; puesto que si de algo se glorian en esta parte, no es á su rompimiento con la Iglesia á quien se debe, sino á pesar de ese rompimiento; y de seguro no gemirian como todas gimen bajo la grande plaga del *pauperismo*: de seguro no se veria tan espantosamente generalizada la corrupcion de las costumbres sostenida y fomentada por la diversidad de cultos, y sobre todo por la índole del protestantismo, cuyo dogma capital es el absurdo de que la fé sin las obras basta para salvarse, contra el dogma católico que es la verdad enseñada por el Apóstol Santiago: *Que la fé sin obras, es fé muerta*.

No hay aquí medio: el hombre obra moralmente en fuerza de lo que cree; y por consiguiente la diversidad en las creencias trae consigo diversidad en el obrar; y en llegando esta diversidad á cierto grado, es inevitable el daño y la ruina en la sociedad. Daño y ruina sin cuento experimentó Inglaterra al abrir las puertas al protestantismo, daño y ruina la Francia; en Italia es hoy cuestion de desolacion la cuestion religiosa; en la libre Bélgica poco menos; y en la libérrima Suiza arde ahora mas candente que nunca en el seno de sus cantones el odio, la pugna y tambien la colision y choque violento, en fin, el estado de guerra, por las disidencias de religion. ¡Y qué! dentro de la misma España ¿nada

os dicen los desórdenes no menos continuados que profundos de las hermosas provincias de Andalucía? Averiguad el origen del mal; y hallaréis que la verdadera, la única causa de esos injustificables ataques dirigidos á la religion y á la propiedad, que son las dos grandes bases de la organizacion social, está en la propaganda del error protestante que ya hace años viene haciéndose desde Gibraltar, y que con el espíritu que le es propio de rebellion y de duda ha conseguido debilitar la virilidad de las almas, y enflaquecer la virtud en aquellos desgraciados pueblos.

Dirá alguno quizás que el protestantismo no se extiende á tanto. Sí: lo confirma el mismo Luis Blanc, nada sospechoso á los socialistas, cuando dice en su *Historia de la revolucion francesa*: «La revolucion que »preparada por los filósofos, continuada por la política, »no se completará sino por el Socialismo, debia naturalmente comenzar por el protestantismo.»

Pero donde el vicio de la libertad irreligiosa toma desastrosas proporciones, es en la constitucion de la familia. Tres ó cuatro individuos reunidos en la intimidad de la familia y en el sagrado del hogar doméstico, y cada uno de ellos con su Dios y su culto diferentes ¿qué puede existir de comun en esa sociedad pequeña, origen y fuente de la sociedad general, en punto á sentimientos, á secretas confianzas, á afecciones dulces y tiernas? Y al llegar la hora de la muerte ¿quién pintará el dolor de la esposa católica, al recoger por último suspiro del hombre á quien entregara su corazón, un grito de duda, de desesperacion, quizá una blasfemia de un alma que no bebia ni se nutria de la gracia, que se comunica por los sacramentos de la Santa Iglesia única verdadera? Ah! no sondeemos mas en esas interioridades. En esto como en todo lo demás os re-

mitimos á la práctica, que es mas convincente. Pedid á los que han viajado por el extranjero una noticia de cómo se halla la organizacion de las familias, cuyos miembros no profesan todos la verdadera religion.

Esta medida dirán algunos puede mirarse bajo el aspecto político, y en él es indudable que dará grande importancia á la nacion. Nó: sucederá todo lo contrario: la grandeza y la fuerza van siempre acompañadas del gran pensamiento de la unidad. *Divide et impera*. Toda division conduce á la derrota y á la esclavitud. No hay que aguardar á comprobaciones futuras: la decadencia política de España data desde el enfriamiento de su fé religiosa: desde «que por una consecuencia necesaria del éxito de la guerra de sucesion á principios del »último siglo, se facilitó y extendió prodigiosamente »la comunicacion entre la Francia y la España, y »que por lo que hace á lo de las ideas, puede decirse con verdad, que desde aquel momento quedó »del todo allanado el paso de los Pirineos.—Pre- »sentáronse desde luego á los españoles las obras »de los grandes hombres del siglo de Luis XIV; »recibiéronlas con aplauso y admiracion, contem- »plaron muchos el pais que las producía como la »morada principal de los sábios; parecióles que el »camino mas seguro de restaurar y adelantar las »ciencias en su patria era seguir los pasos de los »franceses, y tomarlos por modelo; y desde entonces la Francia fué mirada entre nosotros como la »maestra en todo género de conocimientos. Desgraciadamente era esta la época en que el *jansenismo* »y *filosofía* se desenvolvieron en esta nacion con una »pujanza espantosa; y como era natural, los españoles que vinieron á ella en busca de ciencias, llevaron á su casa los gérmenes de una y otra secta;

»y en efecto, poco despues de la mitad del siglo,
»comenzó á dejarse ver ya en España una teología
»jansenistica, una jurisprudencia parlamentaria, y
»una política filosófica que anunciaban la introduc-
»cion de nuevas ideas en lo civil, político y religio-
»so. No pasaron muchos años cuando el golpe de
»la *expatriacion de los Jesuitas* puso en expectacion
»y llenó de sobresaltos á muchos hombres pruden-
»tes y perspicaces; y sus tristes presentimientos se
»fueron generalizando á vista de la reforma y *ex-*
»»tincion de los *Colegios mayores*; del nuevo rumbo
»que se iba dando á la enseñanza pública, de la
»adopcion en gran parte de las máximas de los Par-
»lamentos de Francia en los tribunales, del ensan-
»che que se aspiraba á dar á los derechos del Sobera-
»no en los negocios, personas y cosas eclesiásticas;
»de la propagacion y fomento de la secta de los *eco-*
»»nomistas, que con título de investigar las causas de
»la decadencia de la Nacion, y de promover su pros-
»peridad, extendian la mano hasta lo mas sagrado,
»y sujetaban á su exámen todas las instituciones sin
»distincion; de la libertad atrevida de pensar que
»se manifestaba en todas partes; del respeto y vene-
»racion que iba generalmente perdiendo la autori-
»dad en las escuelas y fuera de ellas; de la acogida
»en fin que los sistemas religiosos y políticos, ó mas
»bien anti-religiosos y anti-políticos de los filósofos,
»recibian entre muchos literatos, aunque secreta y
»cautelosamente. Al acabar el siglo, puede asegu-
»rarse sin temor de ser desmentido, que la opinion
»habia experimentado en las clases cultas una va-
»riacion considerable, y que las doctrinas jansenis-
»ticas, en especial acerca de la autoridad y gerar-
»quia eclesiásticas, tenian formado en ellas un

»partido numeroso. Este partido no omitió medio
»de arraigarse en los cuerpos de enseñanza públi-
»ca, y en los alrededores del trono, cuya autoridad
»aparentaba fomentar, y cuyas necesidades pecu-
»niarias facilitaba socorrer á costa de la Iglesia,
»ponderando su opulencia, declamando contra la
»corrupcion que producía tanta riqueza superflua,
»concitando la envidia del pueblo contra sus indi-
»viduos, á quienes pintaba como sumidos en el ocio
»y en el lujo, y clamando por una reforma general
»conforme á la antigua disciplina; atacando á la
»sombra de ella el estado actual de la gerarquia y
»de la autoridad, particularmente en la parte rela-
»tiva á la que ejerce entre nosotros la Sede Apostó-
»lica, que procuraban hacer considerar como des-
»medida y poco compatible con el decoro de la que
»es propia de los Obispos, y aun de la Real de S. M.»
—Así hablaban en la exposicion que en 8 de Mayo de
1823 dirigieron á Su Santidad los Obispos españoles
residentes en Francia; que por tales pasos, como ellos
refieren, se introdujo en España el espíritu de mala in-
teligencia entre la Iglesia y el Estado, y de ahí la ruina
siempre creciente de este en proporcion al desprestigio
de aquella.

Que eso de la unidad es un borron, una mancha,
puede sonar con retumbancia en una arenga popular de
la plaza pública, pero nó en el silencio de un estudio
comparativo, ni en la calma de una razon imparcial y
justa. No dicen eso los católicos, no solo de España, sino
de los países extranjeros, cuyo número é importancia
nadie tendria por despreciable. ¿Y porqué ha de ser
mancha? Eso, á lo mas, prueba que nosotros somos en
punto á religion felicisimos con esta inapreciable uni-
dad, y los extranjeros nó: asi como no es por cierto

una desgracia, ni nos echa encima borron ninguno el que nuestro clima y nuestro sol, como el clima y el sol de Italia y Grecia, sean un poderoso motivo de envidia para todos los demás paises del viejo continente. El profesar la verdad con exclusion del error nunca es un mal, ni puede servir de afrenta ni borron; y el conservar la verdad en la posesion de sus fueros, tranquila y resguardada de las asechanzas de sus enemigos, es un bien inmenso, y una gloria á cuya sombra se cobijan los débiles y los que no discurren, que son los mas, y ayudados por el buen sentido, cuando el Estado no se niega á ampararle, salvan de esta manera sus almas.

Vanas, completamente vanas, son las ventajas que en el órden económico y de los bienes materiales se aducen en pró de la libertad de cultos en España. Y si tales fueran, en el espacio de quince siglos que hace terminó la dominacion romana ¿no se hubieran apercebido de ellas nuestros padres? ¿ahora les habia de ocurrir á sus atolondrados hijos la novedad de tan peregrino descubrimiento? ¿De qué se quejan? Hace años, muchos años, que viven y se pasean libremente entre nosotros judíos y protestantes, así como los malos católicos españoles del género de los ateos y solidarios cien veces peores que todos ellos, y nadie les ha frustrado por motivos de religion el establecimiento y prosperidad de ningun ingenio ó empresa. Si no han venido á España todos los capitalistas que se hubiese deseado, no ya los herejes, sino los mismos católicos, como ha sucedido con los emigrados irlandeses que han preferido trasladarse á los Estados Unidos, y aun con los católicos naturales de España que despues de allegados por fuera grandes intereses, se abstienen de regresar á la madre pátria, cúlpese ante todo á la inseguridad de la cosa pública, y al continuo estado de alarma en que ha-

ce años venimos agitándonos; para muchas industrias quizá no esté fuera de lugar la observacion de que el génio español inspirado del principio católico es noble y hasta altivo en el buen sentido de esta palabra; y que el brazo que se emplea con tanto placer como provecho y honra en los trabajos de la agricultura, no hay duda que se resistiria, á no ser inducido por una perversion moral ó extrema necesidad, á emplearse en trabajos de minas y en no pocos talleres de la humanitaria Inglaterra. ¡Oh! cuánto mas valdria que en vez de pensar en la quimérica aclimatacion de ricos extrangeros no católicos, se pensase sériamente en evitar esa incesante emigracion de nuestra juventud, esa horrible *trata de blancos*, que está acabando con la poblacion de nuestras montañas!

Dicen que el Clero español se haria activo é ilustrado con el contacto de los sectarios. Lo que haria el Clero en tal caso seria contraer esa aspereza y aridez que son naturales en quien se vé rodeado de enemigos. ¡Librenos Dios de semejantes penas!

La cuestion, amados hermanos, radica mas hondo, y sin ofensa de nadie, puede á nuestro entender, descubrirse y sacarse á la luz del dia, puesto que es cuestion de principios y no de personas.

La sociedad se halla hace años en estado de guerra, hecho evidente é innegable. No está la guerra entre los pueblos, ni entre los reyes, ni entre reyes ó pueblos, ó sea entre la monarquía y la república, ni menos entre la tiranía y la libertad, palabras que ya suenan huecas despues de habernos inútilmente quebrantado los oidos. La guerra está en el terreno de los principios. La guerra está entre *el poder católico y el racionalista*, entre la luz de la fé y la razon ciega, entre la revelacion divina y la soberbia humana, entre Dios y el hombre. Es lucha an-

tigua: es lucha de siempre: está en el fondo de todas las ideas: marcha con los móviles de todas las revoluciones. No ha faltado quien hiciera resonar en esta nación católica por excelencia la exposición desnuda de esta pavorosa antítesis: pavorosa para los gobiernos y para los pueblos el día que por un castigo de Dios se resolviera la dificultad en el sentido de la emancipación temeraria de una razón tan limitada y enferma como es la razón humana. Vea pues España lo que hace: y con la vista fija en esa lucha, calcule si para impedir y hacer frente á los males consiguientes á la disolución de toda sociedad, á ese comunismo que se nos viene encima, le aprovecha debilitar el poder católico, favoreciendo los intereses de sectarios tan impotentes para hacer el bien como inútiles para combatir el verdadero mal que nos aflige, después de haber sido sus naturales causantes; de sectarios cuyas doctrinas están ya derrotadas para siempre en el campo de la filosofía y de la teología; doctrinas que abandonan los principales hombres de las sectas para venirse en masa á la Iglesia Católica. ¿Y ahora que el protestantismo es en todo el mundo un vestido asqueroso y harapiento que los pueblos extranjeros van desechando de sí ¿habrá quien haga de él un traje de gala para el honrado, para el religioso pueblo español?

Ya ha llegado el tiempo de las soluciones radicales. Ya ha llegado el tiempo de que los países civilizados opten sin contemplación por una ú otra de las dos bases que á su elección se ofrecen; pero con franqueza y decisión: no por ejemplo titulándose de una manera vergonzante católicos, é infiriendo á la Iglesia Católica dolores acerbos cual no harían los más desafortunados luteranos. O se hacen del partido de Dios, que se nos ha dado á conocer por los Patriarcas y los Profetas, y úl-

timamente por su Unigénito Hijo Jesucristo, con el dogma de la naturaleza humana incapaz de bastarse á sí misma en lo que más la interesa, por la razón de que siendo de suyo limitada, y estando además caída, no tiene en su principio ni su remedio ni su fin; ó se pasan con armas y bagajes al campo racionalista, cuyo poder deriva del demonio, por todos los que han imitado su orgullo, y admiten por dogma el craso error de que la naturaleza humana se basta á sí misma, en todos los órdenes de cosas para vivir y para morir. En el primero está la salvación, en el segundo la perdición. El primero tiene en el misterio de sus dogmas y en la bondad de su moral el secreto de la felicidad eterna y temporal del linaje humano: el segundo no tiene para la humanidad más bienestar que el que significa ese grito que espontáneamente y á todas horas repite: *¡Abajo lo existente!* Destruir, y no edificar. No halla la felicidad junto á sí, porque junto á sí no hay más que la negación, el vacío y todo género de horrores; y cuando la humanidad, no harta aun de desengaños, se queja y le pregunta dónde está el bienestar, anúnciale por todo consuelo *un progreso indefinido*, un más allá para una época remota que nunca llega, como la sombra que se ahuyenta si se dirige á alcanzarla el cuerpo que la produce.

No corraís vosotros, amados diocesanos, tras esa sombra funesta, cuando estais en posesión de una realidad bienhechora: sois católicos, y no podeis optar por otro mejor lazo que con Dios os una en la breve peregrinación de la vida para asegurar vuestra suerte por toda una eternidad. No escuchéis á los falsos doctores que os hacen un bû de lo que llaman *influencia clerical*. ¡Ojalá esas hoy escarnecidas influencias hubiesen sido verdad, ojalá lo fueran en lo sucesivo! Otra sería la vida de los pueblos y naciones; entonces si que resplan-

decerian para el mundo fatigado la verdad y la misericordia; y se darian un inseparable abrazo la justicia y la paz. *Como la colmena es hecha por las abejas, así la Europa fué hecha por los Obispos*, dice el historiador protestante Gibbon. Ya veremos, ya hace años se está viendo, lo que se adelanta con desbaratar la colmena. Si algun pueblo del mundo se halla en estado de apreciar la vaciedad de esos ataques á la *influencia clerical*, es el pueblo navarro, cuya constitucion foral reclama al Clero como la primera pieza de su mecanismo, y cuyo gobierno, mientras le ha tenido propio, como nacido con nuestros reyes á la sombra de los vetustos paredones de Leire, puede decirse ha sido siempre *teocrático*, ó *hierático*, ó *sacerdotal*, en la buena acepcion de la palabra.

Largos años há que el Clero no tiene intervencion en los negocios públicos: tampoco la pretende. Por espacio de muchos siglos os sirvió, y con su intervencion y de su acuerdo, recurriendo antes el Rey y los suyos á la Silla Apostólica, se arregló nuestro Fuero general en el siglo XIII, código sagrado y venerando, basado como han dicho nuestros historiadores y comentaristas, notadlo bien, en la *Naturaleza* y en la *Religion*, y por lo paternal y justo bien superior á todo ese indigesto farrago de las legislaciones modernas. Repetimos sin embargo, que nada os queremos: solo si como dice el Apóstol os queremos á vosotros mismos, queremos vuestras almas. Queremos que vivais como vuestros padres, y que seais católicos como ellos sin admitir mezclas indignas de las sectas de perdicion, hijas puramente del orgullo y las pasiones humanas. Sed católicos como os enseñan á serlo nuestros fueros.

Ya en el primero de ellos teneis consignada la Religion católica como la religion del Estado, con exclusion de toda falsa creencia. El cap. 1.º tit. 1.º lib. 1.º

del Fuero general trata de la proclamacion del Rey, y previene que antes de ser alzado debe jurar sobre la Cruz y los Santos Evangelios varias cosas; que debe hacerse el levantamiento en sόlio Pontifical, ó de Arzobispo, ú Obispo; debe velar toda la noche, *oir Misa en la Iglesia*, ofrecer púrpora, dar su moneda y *comulgar*; que se ciña él mismo su espada que es *á semejanza de Cruz*: el cap. 2.º previene que el alzamiento ha de ser en Santa María de Pamplona (la Catedral). Y aquí no podemos impedirnos el transcribir algunas de las explicaciones que sobre ese importante texto de nuestras leyes nos ofrece, en el prólogo de ellas, un ilustre comentador en tiempos que ni remotamente se pensaba que la impiedad librecultista pudiese jamás levantar en la noble tierra de Navarra su cabeza. Dice así: «Estas reverentes prevenciones y ceremonias comprenden los misterios de nuestra Santa Fé; y quisieron fuesen fundamento de la Monarquía, que levantaban sobre la piedra triangular de la Iglesia, para que embarcada su Grandeza en la nave de San Pedro (que no se puede anegar) fuese incontrastable, firme y segura, porque es la Religion y conocimiento de Dios verdadero la alma y norte de la República. Y como la ahuja de marear, llevada de una natural simpatía, está en continuo movimiento, hasta que se afija á la luz de aquella estrella inmóvil, sobre quien se vuelven las esferas; así nosotros vivimos inquietos mientras no llegamos á conocer y adorar aquel increado norte en quien está el reposo y de quien nace el movimiento de las cosas. Quien mas debe mirar siempre á él es el Príncipe, porque es el Piloto de la República, que la gobierna y ha de reducirla á buen puerto. Si tiene los ojos en otros astros vanos y nebulosos, serán falsas sus demarcaciones, y errados los rumbos que siguiere, y dará consigo y con

la República en peligrosos bajos y escollos, y siempre padecerá naufragios.—Por esto el Concilio Toledano ordenó, que á ninguno se diese la posesion de la Corona, sino hubiese jurado primero, que NO PERMITIRIA EN EL REINO Á QUIEN NO FUESE CRISTIANO. San Isidoro pronosticó en su muerte á la nacion Española, que si se apartaba de la verdadera Religion seria oprimida; pero que si la observase, seria levantada su grandeza sobre las demás naciones; pronóstico que se verificó en el duro yugo de los Africanos, el cual se fué disponiendo desde que el Rey Witiza negó la obediencia al Papa.»

Y hablando mas adelante de la Sacra Uncion con que eran consagrados nuestros Reyes, se explica el mismo comentarista en estos términos: «Significando en el Ungimiento que hace el Prelado con Óleo Santo, formando la señal de la Cruz en el hombro y brazo diestro del Príncipe, y con los demás ritos, ceremonias y oraciones dispuestas por la Iglesia en el Pontifical, la obediencia que ha de tener á la Iglesia, que ha de ser su defensor, y de velar los enemigos de la Religion, administrar justicia, reprimir vicios, y premiar virtudes y que este es su imperio, y lo lleva, á imitacion de Cristo, sobre el hombro.»

Leed, leed nuestros patriarcales fueros, de cuya conservacion parece se ven en la precision de hablaros todos los partidos políticos de hoy dia, tristes y exóticos trasuntos de los partidos madrileños; leedlos, y empapáos de su espíritu, y seréis buenos como buenos fueron nuestros padres. Notad como en el cap. 5.º tit. 1.º lib. 2.º se consigna el deber que en Navarra se consideraba impuesto á todo cristiano de comulgar en las tres Pascuas del año; como en el cap. 3.º, tit. 10, lib. 5.º, es castigado el que hace daño ó quebrantamiento en Iglesia, y el que en ella comete homicidio: como en el cap.

23 del Amejoramiento del Rey D. Felipe se ordena en cuanto á la blasfemia: *Qui quiere que dixiere mal de Dios, et de Santa Maria, ó de qualquier otro Santo ó Santa pague sesenta sueldos al Rey, ó si mas quisiere, que sea azotado por la Villa.*

El fuero eclesiástico le hallaréis mantenido entre otras leyes, en el cap. 5.º, tit. 11, lib. 5.º que empieza: *Nuestro Señor Dios mandó, et estableció, que cada uno mantoviese su orden: los Clérigos, que en todo el dia sirvan á Dios, et que mantengan bien tur orden, etc.*

Jamás ha habido aquí tolerancia religiosa en el sentido que hoy se quiere dar por algunos espíritus inquietos á esas palabras. Es cuestion de los moros y de los judios, porque aquí nunca ha habido herejes. Tocante á los moros preferimos ceder la palabra al erudito Sr. Yanguas y Miranda en el prólogo á los *Diccionarios de los Fueros*: «En la irrupcion general de los árabes en España, hácia los años 716, los montañeses de Navarra no sufrieron su yugo, pero se vieron en la precision de estar en continua lucha con ellos, que produjo la necesidad de elegir sus primeros reyes ó caudillos, y al fin el glorioso resultado de libertar á la España de la vil opresion que padecia.»

En cuanto á los judios ¿porqué se nos obliga á recordar esas desgracias, que la memoria registra con tanta pena, de las matanzas de Estella, Viana, Fúnes, Marcilla etc.? No quiera Dios que por imprudencias de ningún género se repitan en España tales horrores, que aunque en nuestro siglo XIX parecen anacronismos, lo acaecido pocos meses há en Rumania prueba todo lo contrario.

De unos y otros hablan algo nuestros fueros, pero siempre en términos, que marcan la gran separacion en que de la raza cristiana vivian, y todos parecidos á los

siguientes que son el epigrafe del cap. 11, tit. 1.º, lib. 5. *La ferida de moro ó de bestia, cómo debe ser probado; ó como en la ley precedente á aquella: Qué colonia há qui fierá á judío ó moro.* Unos y otros habitaban en sus barrios (morerías ó juderías) especie de ghettos donde con mas ó menos restricciones y humillaciones se les dejaba dedicarse á sus supersticiones respectivas, hasta la completa expulsion; sin que por esta tolerancia de desprecio y de persecucion, pudiera temerse el mas pequeño menoscabo para la integridad y limpieza de las familias, ni para la dignidad de la Religión católica, que en Navarra se ha profesado siempre, con exclusion de toda secta.

No hay porqué amontonar pruebas en cosas que todos saben y se ven obligados á reconocer en el terreno de la legislacion y de la historia. De manera que la alternativa viene á montarse por sí misma: ó abrazar con fé la causa del catolicismo, ó renegar del glorioso título de navarros. El catolicismo lo es todo, y fuera de él no hay sino dudas, tropiezos, caidas. ¿Quereis respirar la verdadera tolerancia? Pues no dejéis de ser católicos, ni tengais tratos con protestantes. La intolerancia solo está en los sectarios. *Protestar y no tolerar son sinónimos*, y quien dice *protestante* dice *intolerante*. El catolicismo es en sí afirmacion: él es la verdad, y es la verdad por entero; y así como no transige con el error, no vacila en compadecer y amar á los que yerran. ¿Quereis ciencias, artes, industrias elevadas á su mayor grado de esplendor? Pues estas cosas no las busqueis fuera del sentimiento católico, porque solo él es profundamente estético y generoso: el protestantismo es enemigo de las formas, y por otra parte no quiere sino dinero. ¿Y la moral?... ¡oh, la moral protestante! ¡la moral en que cada uno se salva segun cree, sin tomar en

cuenta las obras, y aun mediante la condicion de hacerlas malas, puesto que todo lo hacen depender de esa fé que por sí sola basta! Hay muchos protestantes morigerados, es cierto; pero esto les acontece en cuanto no obran como protestantes, y si solo cediendo segun su buena índole, ó el género de la educacion, á las impresiones de los fragmentos de un catolicismo que han conservado.

Ellos volverán tarde ó temprano al redil de la Iglesia, que amorosamente hoy como siempre, pero en mejores circunstancias, les está llamando: ellos regresarán al hogar paterno despues de sus correrías de tres siglos en que tan revuelto han puesto el mundo; y se verificará por esta parte el *desideratum* anunciado de que no haya sino un redil con un solo Pastor.

Así pues en lugar de aflojar los católicos en su fé entibiándola con admitir en su seno el culto de dioses extraños, hoy mas que nunca deben robustecerla, militando constantes bajo las banderas de la Santa Iglesia, atentos á la voz y á la direccion de sus Prelados. *Un Dios, una fé, un bautismo.* Esto hemos aprendido de los Apóstoles. O como enseña el mismo Salvador: *Que todos sean uno como vos, Padre mio, sois en mí y yo en vos.* Y esta unidad se consigue no solo con decirlo, ó con quererlo, sino con las obras.

Las obras son: en el Clero la continuacion de la grave y mesurada conducta que en el tiempo que llevamos de crisis ha venido observando. En el ejercicio de su ministerio y en el cumplimiento de sus deberes hallarán nuestros amados sacerdotes la fuente del bien obrar en todas las situaciones que se les ofrezcan. Ser de todos, hacerse todo para todos, dar buenos consejos, y derramar eficaces consuelos. Donde quiera hay llagas que curar, y con frecuencia suelen ser mas graves las que se ocultan bajo el manto de la próspera fortuna. No

cerreis pues vuestro corazon, á fin de que no se retraiga vuestra mano. Que os vean todos, amigos y adversarios, como realmente sois, Ministros de Jesucristo y dispensadores de los misterios de Dios. En las luchas políticas, no os intereseis como hacen sus partidarios: vuestro sagrado carácter, vuestro ministerio santo os llaman á un sitio mas alto, desde donde podeis dominarlas sin comprometeros en ellas. Vosotros teneis una política: es el Catolicismo; es la Religion. Si alguna alma al abriros su conciencia somete á vuestro dictámen una cuestion que se roce con la política, no consulteis para decidirla ningun tratado de política, sino los tratados de la moral cristiana; y entonces con la ingenuidad del justo, resolved y aconsejad lo que sea lícito en el caso dado, pronunciando vuestra reprobacion sobre lo que sea ilícito venga de donde viniere. En el púlpito, es vuestro deber sostener la doctrina de la Iglesia, con ciencia y con caridad; perdiendo de vista así las personas como las circunstancias de los tiempos. En el mundo, entre la sociedad, poco ruido os toca hacer. El retiro es la mejor condicion de la vida del eclesiástico. Allí, en la oracion y el estudio es donde debeis templar las armas de mansedumbre, de amor y paz que os es dado esgrimir en medio de las discordias de los hombres. Allí es donde os adiestraréis para sostener con firmeza los fueros de la verdad, hoy por tantos costados combatida. *Hay muchos, como decia el Apóstol de los de su tiempo, desobedientes, habladores de vanidades, é impostores, á quienes es menester convencer; porque trastornan las casas enteras, enseñando lo que no conviene, movidos del afan de medrar.* A sus sofismas y á sus despropósitos opondréis la verdad y la bondad de las doctrinas purisimas de la Religion: al intento no dejéis de mano el estudio de la *Suma* de Santo Tomás, en cuyos articulos encontraréis

la base para responder victoriosamente á cuantos adversarios se os ofrezcan, y como buenos auxiliares para los tiempos que corren, atendido el carácter de novedad con que hoy se presentan las objeciones viejas, no os vendrá mal el hojear las obras que sobre las sectas disidentes han escrito Bálmes, Eyzaguirre, W. Cobbet y Augusto Nicolás, y tambien el precioso opúsculo de D. Vicente Lafuente, titulado *La pluralidad de cultos*. En vuestros lábios ha de reposar la ciencia, y los pueblos de ellos y no de otros la requerirán. Difundidla puesto que es luz, de palabra y por escrito, segun vuestras fuerzas, en cuanto veais comprometida la causa de la Religion, sin distinguir de matices políticos, que eso no es de nuestra incumbencia; sino considerando que os rodean españoles, y no mas que españoles, que aunque muchos de ellos no lo sientan, tienen necesidad de ser católicos, y padecen hambre y sed de justicia y de verdad.

A estos muy amados hijos en el Señor, los españoles todos de nuestra diócesis, les dirémos que atravesamos tiempos de dura prueba para la virtud, y que para sostenerse en ella, y siendo padres de familia sostener á sus hijos, nunca como ahora han habido menester de los recursos de la Religion, sin cuya base ninguna virtud permanece en pié. Sin religion, no hay moral. Eso de la *moral independiente* es otra de las frases huecas que siguen el curso de la moda, que equivale á la moral sin freno, ó sea, la desmoralizacion. Con esta moral independiente profesan el socialismo y el comunismo que la propiedad es un robo, y por ende que el hurto no solo es lícito sino obligatorio, para que todos los hombres vengan á ser libres, iguales y hermanos. Con esa moral independiente se establece que el matrimonio, ese *Sacramento grande en Cristo y en la Iglesia*, es una esclavitud que es del caso romper cuando bien parezca, ó me-

por hacer permanente una nefanda comunidad. Con esa moral independiente se levantan á la prostitucion temporales nuevos, ornamentados con todos los inventos y atavios de la civilizacion moderna. Con esa moral se aplican á comodidad los principios, ó lo que sean, de que *el fin justifica los medios*, el respeto á los hechos consumados, y otros que no es menester repetir aquí. Por consiguiente, esa moral será la de Epicuro, será la de los Cafres y Hotentotes; pero con esa moral, amados hijos nuestros en Jesucristo, no justificaremos nuestros actos al dar cuenta de ellos en el tribunal de Dios. Todo lo que no es fundar en la doctrina revelada, sobre la base de los Apóstoles y Profetas, encima de la piedra angular que es Jesucristo, es fundar en la arena, es fundar en el aire. Eso es fundar sin el temor de Dios que es el principio de toda sabiduria, eso es fundar sin la indispensable base de la fé. Quien pues pretenda de veras seguir el buen camino, ande con paso firme y no vacile en la fé, no admita dudas, no oiga ni lea lo que pueda suscitarlas, tanto mas si no reune conocimientos bastantes con qué desvanecerlas; que como dice el Apóstol Santiago, *el que duda, es semejante á la ola de la mar, cuando la mueve el viento, y la trae acá y allá; y así no piense aquel hombre que recibirá cosa alguna de Dios*. Y sobre todo, guardense los padres, y guarden á sus hijos de los escesos que se cometen á favor de las libertades de enseñanza é imprenta. Los malos maestros, y los malos periódicos, parece se creen hoy privilegiados para prescindir del quinto precepto del Decálogo, por el que Dios prohíbe ofender al prójimo, no solo en el cuerpo, sino tambien en el alma, dándole escándalo con palabras y acciones reprehensibles, que se le ofrecen como ocasion de ofender á Dios. En ese género del escándalo y muerte de las almas abundan hoy no pocos periódicos

que en España se publican, y que no dudamos que por corrompidos que sean sus redactores, no serán ellos quienes los lleven á sus hijos para que los lean. Los que tales producciones escriben, los que en su lectura se ocupan, los que la recomiendan, y sus suscritores y mantenedores, sépanlo si no lo saben, incurren en las penas canónicas: la Iglesia los corta de su místico cuerpo, los rechaza de su gremio. Y no nos vengan con que hacen política, y que esto no es del resorte del Clero. No tal: fuera de que ya hemos dicho que la política es inseparable de la religion, eso no es política, es pura y neta impiedad, es depravacion y corrupcion del alma. Desfiendase enhorabuena la forma de gobierno que se quiera, llámesela monarquia tal ó cual, república, dictadura, ú oclocracia, ¿qué necesidad hay de atacar al sacerdocio, á los Obispos, al Papa, á los Santos, á la Santísima Virgen, y al mismo Dios? ¿porqué se hace burla de los misterios de nuestra sacrosanta Religion? ¿porqué se está uno y otro dia predicando en todos los tonos la heregia y el cisma?

Bien vemos que en el actual estado de cosas el mal es irremediable, pues desgraciadamente hay hombres para todo: *de palabra y por impreso se dirigen ataques, todo menos que nobles, á la seguridad personal; escitaciones mas ó menos embozadas contra el sagrado derecho de propiedad; malignas insinuaciones para soliviantar los ánimos, encender las pasiones, etc. frutos venenosos* todos del árbol de la impiedad: árbol y frutos contra los cuales, amados diocesanos, vuestra es la iniciativa para los grandes preservativos. Nos, cumplimos por nuestra parte con el mandato que nos dirige el Apóstol en la persona del Obispo Tito, cuando le dice: *Por tanto, repréndelos reciamente, para que sean sanos en la fé, y que no den oídos á fábulas judáicas, ni á mandamientos de hombres que*

se apartan de la verdad. En vosotros todos está el deber de escuchar benévolos y sumisos la voz del cielo. Apartad de vosotros, padres de familia, y de vuestros hijos esos periódicos destinados á esparcir el mal sobre la tierra; los malos libros, las estampas indecentes; multiplicad en vosotros los buenos ejemplos, y en vuestros hijos todos los medios de conservar la inocencia de los primeros años. Apartad á esas tiernas plantas del emponzoñado hálito de los maestros panteístas ó ateos, cuyo número vá de aumento en esta desventurada nacion; preferid, sino hay otro medio de instruirles, el darles un oficio al lado de un honrado artesano, á entregarles á esas serpientes, que con una palabra, una mirada, un gesto cualquiera agresivo de la Religion ó la moral católica, envenenan su vida sin esperanza de remedio. Llevadles á la Iglesia, inclinadles á la eleccion de un confesor, y vigilad le conserven determinado y fijo; haced con vuestros consejos y ejemplos que frecuenten los santos Sacramentos; y los buenos libros, que gracias á Dios no faltan, suplan en casa la instruccion religiosa que ha quitado el Estado de las escuelas públicas. ¡Hacedles católicos! Ese es el gran patrimonio que podréis legarles.

Pero no confieis produzcan todo su fruto vuestros desvelos, si uniformando vuestro espíritu con el de todos los ciudadanos, no os resistis por todos los medios legales, y nó otros, á la difusion de las malas doctrinas, y á las no limitadas tentativas que hace y seguirá haciendo el génio del mal para perturbar vuestra fé: en una palabra, si no trabajais por que no sufra alteracion la unidad religiosa en toda la nacion española.

No estamos en el caso de tolerar moros y judíos, porque ni ellos nos han conquistado, ni los hay en España; mucho ménos de abrir la puerta á esa invencion extranjera del protestantismo, que empujada por el Ca-

tolocismo en los países de su nacimiento, quiere meterse, cuerpo muerto y hediondo, á apestar nuestra sociedad. «Hijo el protestantismo,» dice el célebre hombre de estado inglés Disraeli, «de la avaricia en Alemania, de la novedad en Francia, y de la lujuria en Inglaterra,» no hay que buscarle fuente mas pura que pasiones humanas y motivos egoístas.» A tal nacimiento, tal muerte. Pero aun mas que de los estragos del protestantismo, os deseamos preservados contra el indiferentismo y la pérdida de todo sentimiento de religion; como será de temer suceda, si á tiempo no abrazais fuertemente en lo íntimo de vuestro corazon la doctrina católica, sin transigir con el error, ni por vanos miramientos, ni por una mal entendida tolerancia. Con el error no se transige nunca:

Las proposiciones 77, 78 y 79 del Syllabus os manifestarán qué es lo que la Iglesia reprueba en estas delicadas materias. Y en la encíclica *Quanta cura* de 8 de Diciembre de 1864, ved como os habla el Vicario de Jesucristo, que del Salvador recibió el privilegio de confirmar en la fé á los cristianos:

«No faltan hoy dia hombres que, aplicando á la sociedad civil el impío y absurdo principio del *naturalismo*, como ellos dicen, osan enseñar que—la perfeccion de los Gobiernos y el progreso civil exigen imperiosamente que la humana sociedad sea constituida y gobernada sin tomar para nada en cuenta la Religion, »ó sin hacer diferencia al ménos entre la Religion verdadera y la falsa.—No solo esto, sino que tambien contra lo enseñado por las Sagradas Escrituras, por la Iglesia y por los Santos Padres, no temen afirmar que »—el mejor de los Gobiernos es aquel en que no se obliga legalmente la potestad pública á reprimir, estatuyendo penas, á los violadores de la Religion católica, sino »únicamente en el caso de que lo exigiere la pública

»tranquilidad.— Como consecuencia de esta idea absoluta-
 »tamente falsa del Gobierno social, no vacilan en favo-
 »recer la opinion tan errónea como funestisima á la Igle-
 »sia católica y á la salud de las almas, opinion ya cali-
 »ficada de *delirio* por nuestro predecesor Gregorio XVI
 »de feliz memoria, á saber, que—la libertad de concien-
 »cia y de cultos es un derecho de cada hombre, que como
 »tal debe ser proclamado y garantizado en un Estado
 »bien constituido, y que los ciudadanos tienen derecho á
 »la plena libertad de manifestar públicamente y sin re-
 »bozo sus opiniones, cualesquiera que sean, de palabra ó
 »en impresos, ó de cualquier otro modo, sin que la auto-
 »ridad eclesiástica ni civil puedan ponerles límites.

»Al sostener tan temerarios asertos, no piensan ni
 »consideran que predicán una *libertad de perdicion*, pues
 »en cuanto se deje á las opiniones humanas trabar com-
 »bate, no faltarán nunca hombres que osen resistir á la
 »verdad y dar crédito á la locuacidad de la humana sa-
 »biduria; vanidad por cierto dañosísima, que la fé y la
 »ciencia cristianas deben evitar con exquisito esmero si
 »han de conformarse á la enseñanza de Nuestro Señor
 »Jesucristo.»

Esta es la doctrina que os proponemos en nombre
 del Señor. *Llequémonos pues á él, concluirémos diciéndoos*
con el Apóstol, con verdadero corazon, con fé cumplida,
purificados los corazones, y lavados los cuerpos con agua
limpia. Conservemos firme la profesion de nuestra espe-
ranza (porque fiel es el que hizo la promesa) y consideré-
monos los unos á los otros, para estimularnos á caridad y
á buenas obras; no abandonando nuestra congregacion.

No nos apartemos jamás, hermanos amadísimos, de
 la congregacion de los fieles, que es la Santa Iglesia
 Católica, Apostólica, Romana.

Sea prenda de seguridad de vuestra inquebrantable

union, la bendicion que, con toda la intensidad de nues-
 tro paternal cariño, os damos en el nombre del Padre,
 del Hijo y del Espiritu Santo.

De nuestro palacio episcopal de Pamplona, á ocho de
 Diciembre de mil ochocientos sesenta y ocho, dia santo
 de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, Patro-
 na de las Españas, bajo cuya tutela de nuevo nos reco-
 mendamos con vosotros todos.

Pedro Cirilo, Obispo de Pamplona.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,

Dr. D. Manuel Mercader,

Canónigo Secretario.



Los Sres. Párrocos darán conocimiento de esta carta Pastoral á sus feligreses,
 en uno ó mas dias y en los actos que mas á propósito eligieren.